

El reposo del sábado

(Jack Sequeira)

El sábado es más que un día de descanso mental y físico. Es incluso más que un día para la adoración. El sábado tiene un significado definitivamente redentor, está en estrecha relación con el evangelio eterno.

El Nuevo Testamento utiliza frecuentemente la palabra reposo para referirse a las buenas nuevas de salvación en Jesucristo (Mat. 11:28; Heb. 4:2,3). Desde la misma entrada del pecado, ese prometido reposo salvífico en Cristo ha estado relacionado con el sábado. Es por eso que en el Antiguo Testamento a los días principales de fiesta se les designaba sábados de reposo. Todos ellos apuntaban hacia el Mesías, y hacia su obra redentora.

El significado del sábado, desde el punto de vista de Dios

La palabra *sabbath* significa "reposo", y el primer hecho que descubrimos en el Antiguo Testamento es que el sábado pertenece a Dios. Él lo llama "mi día santo" (Isa 58:13); "mis sábados" (Éx. 31:13). "El séptimo es sábado para Jehová tu Dios" (Éx. 20:10). Claramente, el sábado pertenece a Dios: es antibíblico calificarlo como el "sábado judío". Sí, fue hecho para el hombre (Mar. 2:27), pero no pertenece al hombre -sea éste judío o gentil-. Pertenece a Dios.

La siguiente pregunta lógica es: ¿Por qué razón el Dios todopoderoso, que obviamente no necesita descanso, apartó el séptimo día como su día especial de reposo? La respuesta bíblica a esa cuestión es que Dios separó ese día de sábado, ese día de reposo, para significar su obra perfecta y completa en la creación (Gén. 1:31; 2:1-3; Heb. 4:4). Ese hecho tiene una importancia capital para nuestra comprensión del evangelio.

Hemos de tener presente que ese sábado es el séptimo día de Dios, no el nuestro. Dios dedicó seis días para la creación de todo lo que es y tiene nuestro planeta. Entonces apartó (santificó) el séptimo día como su *sabbath* (Éx. 20:11). Adán y Eva fueron creados al final del sexto día (Gén. 1:26-31). Por lo tanto, el sábado (o séptimo día) de Dios, de hecho, para la raza humana fue el primer día completo de existencia. Veamos porqué es eso importante, especialmente al considerar el sábado a la luz de la redención en Cristo.

Dios obró seis días en la creación de este mundo. Solamente descansó cuando su obra fue perfecta y completa (Gén 2:1,3). Adán y Eva, por otro lado, no comenzaron obrando; dedicaron por entero su primer día de vida a reposar en el sábado de Dios. Solamente después que hubieron "entrado" en el reposo de Dios continuaron con los seis días de

labor. El ser humano comenzó por recibir primeramente toda la obra de Dios como un don absolutamente gratuito. Solamente entonces pudo la humanidad disfrutar de la creación, en los restantes seis días de la semana.

Lo mismo que la creación, la salvación comienza, no haciendo algo, sino reposando en la obra perfecta y acabada de Jesús, realizada en su vida y en su muerte. Lo mismo que Adán y Eva dedicaron su primer día al reposo sabático, antes de emprender su actividad común, nosotros podemos disfrutar las bendiciones de la salvación solamente reposando primeramente en la perfecta justicia que Jesús ha provisto. Esa perspectiva muestra que el reposo del sábado viene a representar el fundamento mismo de la verdad gloriosa de la justicia por la fe.

Cuando Dios puso aparte (santificó) el sábado, entró en una relación de pacto eterno con la raza humana, una relación en la que el ser humano habría de depender siempre de Él. Así, cuando Adán y Eva pecaron, escogiendo depender de ellos mismos más bien que de Dios, rompieron ese pacto dado por Dios. Como resultado perdieron el verdadero descanso que el sábado simbolizaba. "Con el sudor de tu rostro comerás el pan" (Gén. 3:19). Pero Jesús vino a este mundo con el expreso propósito de restaurar ese reposo que la raza humana había perdido al caer en el pecado (Mat. 11:28). Haciendo tal cosa, restauró el significado del sábado. A fin de recibir las buenas nuevas de la salvación, hemos de retornar a ese principio fundamental del reposo sabático que fue dado a nuestros primeros padres.

El Nuevo Testamento aclara que Jesucristo fue el agente por medio del cual Dios llevó a cabo tanto la creación (Juan 1:3; Col. 1:16; Heb. 1:2,10) como la redención (Juan 3:16, 17; Rom. 3:24; 1 Cor. 1:30; Gál. 3:13; Col. 1:14; Tito 2:14; Heb. 9:12; 1 Ped. 1:18; Apoc. 5:9). De la misma forma en que Cristo acabó la creación al final del sexto día y reposó el séptimo, acabó también la redención en la cruz en el sexto día y reposó en el sepulcro el séptimo día (Juan 17:4; 19:30).

Más aún, la obra de Cristo para la restauración, que será completa al final de su ministerio celestial (1 Cor. 15:24-26; Heb. 2:13), está también ligada al sábado (Isaías 66:22, 23). Su obra de restauración será una obra perfecta y completa, tanto como lo fueron la creación y la redención. Por lo tanto, el sábado tiene un triple significado para nosotros: creación, redención y restauración.

Dado que Cristo es nuestro Creador, Redentor y Restaurador, tiene el perfecto derecho a reclamar para sí el título de "Señor del sábado" (Mar. 2:28; Luc. 6:5; Apoc. 1:10). Cuando la nación judía lo rechazó como Mesías, su observancia del sábado perdió el significado. Es por ello que Hebreos dice: "Por lo tanto, queda un *reposo* [en el original escrito *sabbatismos*: reposo sabático] para el pueblo de Dios" (4:9). Toda observancia del sábado que no sea motivada por una respuesta de fe a la perfecta expiación efectuada por Cristo en la cruz, es falsificación, y pertenece todavía al antiguo pacto de salvación por las obras.

El significado del sábado, desde el punto de vista del hombre

Dios creó el mundo mediante Cristo, para nuestro propio bien. No hicimos ninguna contribución a la creación; simplemente la recibimos como un don de Dios. Si bien el sábado pertenece a Dios, lo mismo que el mundo, Dios lo hizo en beneficio nuestro (Éx. 31:13; Eze. 20:12; Mar. 2:27). Dios puso aparte, o santificó, el reposo del sábado para recordarnos que Él es nuestro amante proveedor y que dependemos de Él para todo lo que nos es necesario.

Es significativo el hecho de que Dios estableció ese pacto con el ser humano antes de la entrada del pecado. Por lo tanto, si Adán y Eva nunca hubieran pecado, hoy seguiríamos guardando el sábado de Dios como día de reposo. Cuando el pecado entró en el mundo, no obstante, destruyó el significado original del reposo sabático. El pecado es rebelión contra nuestra dependencia de Dios y una demanda de depender solamente del yo (Rom. 1:21; Fil. 2:21). Por lo tanto, cuando el pecado nos separó de Dios (Isa. 59:2), el sábado perdió ese significado para nosotros. El hombre introdujo entonces su propio día de reposo, el domingo. No obstante, a diferencia del día de reposo de Dios, el día por el que el hombre lo sustituyó no señala hacia una obra perfecta y completa – sea en la creación o en la redención–. Ese hecho es de importancia capital a la luz de los acontecimientos finales del gran conflicto entre la salvación por la fe, simbolizada por el sábado instituido por Dios, y la salvación por las obras, simbolizada por el domingo instituido por el hombre.

Sobre la cruz, Jesucristo realizó una redención perfecta y completa, el sexto día, de la misma forma en que había completado una obra perfecta en la creación al final de aquel sexto día (Luc. 23:54). De esa forma restauró el reposo del sábado que había dado en el Edén, y que había sido arruinado por el pecado. Ahora, todos los que reciben el evangelio por la fe entran una vez más en el reposo salvífico de Dios, del cual es señal el sábado (Heb. 4:2, 3; Éx. 31:13; Eze. 20:12; Isa. 58:13, 14). En el sermón de la montaña, Jesús enseñó claramente que si buscamos primeramente su reino y su justicia (que es por la fe), todas nuestras necesidades serán cubiertas (Mat. 6:33).

En otras palabras, el evangelio ha provisto una vía por la que podamos escapar de la dependencia hacia nosotros mismos, que es la causa de todos nuestros problemas, y regresar a la dependencia hacia Dios, que es la fuente de todo gozo y felicidad. Pero una cosa es segura: No podemos servir a dos señores. No podemos servir a Dios y al yo (Mat. 6:24-34). Cuando entramos en el reposo de Dios, su día de reposo ha de ser el nuestro. Es el signo exterior que denota nuestro vivir por la sola fe. Guardar el sábado según esa motivación de la fe es verdadera observancia del sábado.

La ley y el sábado

Antes de que podamos considerar el sábado en relación con la ley de Dios, debemos recordar que Dios no dio jamás la ley como un medio de salvación (Rom. 3:28; Gál. 2:16). Ese fue el error de los judíos. El error del antiguo pacto, que desembocó en el

fracaso más miserable (Rom. 9:30-33; Heb. 8: 7-11). Por lo tanto, cualquiera que guarde el sábado de Dios a fin de ser salvo, está repitiendo el error de los judíos y está pervirtiendo el propósito mismo del reposo del sábado. Cuando hacemos de la observancia del sábado un requisito para la salvación, no estamos en absoluto entrando en su reposo. No estamos conmemorando una salvación perfecta y completa. En lugar de eso, estamos convirtiendo el sábado exactamente en lo opuesto a aquello para lo que lo instituyó Dios. Lo estamos convirtiendo en un medio de salvación por las obras. Una tal observancia del sábado carece por completo de sentido.

¿Cómo, pues, guardará el sábado un cristiano que ha sido salvo por la gracia, por medio de la fe?

El Nuevo Testamento, especialmente el apóstol Pablo, enseña claramente que Dios no dio nunca su ley como un medio de salvación. De hecho, antes que Dios diese a los judíos su ley, en el monte Sinaí, les declaró: "Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de tierra de Egipto, de casa de servidumbre" (Éx. 20:2). Primeramente, Dios redimió a Israel, y *después*, dio su ley a los israelitas. Moisés aplicó específicamente ese principio a la observancia del sábado (Deut. 5:15). Sin embargo, aunque Dios no nos dio la ley como un medio de salvación, ciertamente quiere que consideremos su ley como la norma para la vida cristiana (Rom. 13:8-10; Gál. 5:13, 14; 1 Juan 5:1-3; 2 Juan 6).

La verdadera motivación para guardar la ley, dijo Jesús, es el amor (Mat. 22:36-40; Juan 14:15). El Antiguo Testamento concuerda con ello (Deut. 6:5; Lev. 19:18). Sin embargo, no está en nuestra mano el generar ese amor a partir de nuestras propias naturalezas pecaminosas puesto que se trata del amor *agape*, el amor que sacrifica el yo, un amor que solamente se origina en Dios. Por lo tanto, Dios nos da ese amor como su don a nosotros, mediante el Espíritu Santo (1 Cor. 12:31; 13:13; Rom. 5:5). Dios no nos da ese amor con el fin principal de que fluya hacia Él, lo que haría que Dios mismo fuese "egoísta", sino que nos da ese amor desprovisto de egoísmo a fin de que podamos reflejarlo hacia otros como evidencia del poder salvador del evangelio sobre el yo (Juan 13:34, 35; Rom. 5:5; 2 Cor. 5:14, 15). Eso es lo que significa tener la ley escrita en nuestros corazones (Heb. 8:10).

Los primeros cuatro, de entre los diez Mandamientos de Dios, tienen que ver con nuestra relación con Él; los últimos seis se refieren a la relación con nuestro prójimo. Puesto que el amor (*agape*) "no busca lo suyo" (1 Cor. 13:5), ¿cómo obedeceremos los primeros cuatro mandamientos en armonía con el carácter de Dios, desprovisto de egoísmo? Recordando que la única forma en la que podemos obedecer es mediante la fe. Sólo podemos obedecer los primeros cuatro mandamientos por la fe, viviendo la experiencia del nuevo nacimiento, y con esa experiencia viene el don del amor, que nos capacita para guardar los últimos seis mandamientos (amor hacia nuestro prójimo).

El Nuevo Testamento tiene poco que decir sobre nuestra obediencia a los cuatro primeros mandamientos, puesto que todo cuanto Dios pide de nosotros, en lo referente a nuestra relación con él, es fe (Juan 6:28, 29; Heb. 11:6; 1 Juan 3:23). Espera de nosotros que ejerzamos esa fe motivada por la apreciación profunda de su supremo don de

amor, encarnado en Jesucristo (Gál. 5:6). De forma que la única forma en que podemos obedecer el cuarto mandamiento es por la fe: entrando por la fe en el reposo de Dios. En ese contexto, el sábado demuestra ser el sello de la justicia por la fe.

La controversia sobre el sábado-domingo.

La cuestión decisiva no es la que en apariencia podría significar la mera diferencia entre uno y otro día (sábado y domingo). Muchos cristianos sinceros, guardadores del domingo, están hoy reposando plenamente en Cristo para salvación. Están guardando el día equivocado, pero por la razón correcta, por la verdadera motivación. De igual manera, muchos cristianos sinceros guardan hoy el sábado porque piensan que esa observancia del sábado les salvará. Están guardando el verdadero día de reposo, pero lo hacen por la razón equivocada. Ambos están en necesidad de corrección, y si lo permitimos, el Espíritu Santo lo hará, a medida que nos guíe a toda la verdad (Juan 16:13).

Cuando el evangelio del reino sea predicado a todo el mundo por testimonio a todas las naciones (Mat. 24:14), polarizará a toda la raza humana en solamente dos grupos: los creyentes y los incrédulos (1 Juan 5:19). Habrá solamente aquellos que reposen plenamente en Cristo, y los que lo hayan rechazado irreversiblemente. En el tiempo del fin, todos los que se alistén bajo la bandera de Cristo adorarán al Señor del sábado; su observancia del sábado será el signo exterior (el sello) de la justicia que recibieron ya por la fe, de la misma manera en que Abraham "recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que obtuvo estando aún incircunciso" (Rom. 4:11).

Al final del tiempo, aquellos que hayan deliberadamente vuelto sus espaldas al don gratuito de Dios de salvación en Cristo, adorarán al "dragón que había dado autoridad a la bestia" (Apoc. 13:3, 4). Exaltarán el domingo como el día de reposo del hombre, en (oculto) desafío al día de reposo de Dios. El meollo, pues, en el conflicto final, no será solamente la controversia entre dos grupos de cristianos, ni siquiera entre dos días distintos de reposo, sino entre dos métodos de salvación opuestos. El conflicto se centrará en el sábado, significando la salvación por la sola fe, y el domingo, significando la salvación por el esfuerzo humano.

A lo largo de toda la Escritura, el asunto fundamental va referido a la disyuntiva 'salvación por fe, *versus* salvación por obras'. En el corazón del mensaje de la Biblia está la salvación por la gracia, hecha efectiva por medio de la fe (Hab. 2:4; Rom. 3:28; Gál. 2:16; Efe. 2: 8, 9; Heb. 10:38, 39; Heb. 11:1-40). En el corazón de toda religión falsa está la salvación por las obras. En tiempos antiguos el domingo vino a ser, no solamente el día para el reposo físico y mental del hombre, sino que por encima de todo simbolizaba el día de reposo espiritual y adoración basado en la creencia pagana de que el sol era el principal de los dioses. Eso se hizo prominente en el imperio Romano, en los días de Cristo. De manera que, desde su mismo origen, el reposo del domingo es una institución pagana que representa la justicia propia, en contraste con el sábado de Dios, señal de la justicia que viene solamente por la fe. Esos conceptos opuestos de la

salvación han estado en conflicto desde la entrada del pecado, y son irreconciliables.

Cuando el verdadero evangelio de la justicia por la fe sea plenamente restaurado y predicado a todo el mundo por testimonio, toda persona tendrá que hacer la elección: por Cristo, o contra Él (Deut. 30:19, 20; Jos. 24:13-15; Rom. 9:30-33; Fil. 3:3-9). En ese tiempo, el sábado será el sello de Dios, representando la justificación por la fe. La observancia del domingo, en contraste con lo anterior, representará la marca de la "bestia", significando el rechazo del hombre de la gracia salvífica de Dios en Cristo (Apoc. 14:9-11). Cuando se promulguen leyes que hagan obligatoria la observancia del domingo, significará el rechazo deliberado y final del mundo hacia el ofrecimiento amoroso de Dios, de salvación mediante su Hijo.

Esa es la "abominación de la desolación" de la que habló Cristo (Mat. 24:15). Los que insistan entonces en el reposo del domingo estarán en oposición consciente y voluntaria al sábado de Dios, y recibirán las plagas, la ira de Dios derramada sin mezcla de misericordia (Apoc. 14:9, 11). En contraste, los que se adhieran al sábado del séptimo día en ese ambiente de oposición, lo harán solamente mediante una fe incommovible en Dios.

Atravesarán el tiempo de angustia y habrán lavado sus ropas, y las habrán emblanquecido en la sangre del Cordero (Apoc. 7:14).

Debido a que tantos cristianos tienen ideas todavía confusas acerca de la salvación, la verdadera naturaleza del conflicto entre el sábado de Dios y el domingo (pagano-papal) del hombre tampoco se comprende aún con claridad. Pero cuando los dos métodos opuestos de salvación vengán a ser confrontados, la verdadera importancia del sábado será igualmente manifiesta. En ese tiempo la observancia del sábado será de una forma muy especial la prueba de la fe.

Que Dios nos de a cada uno la gracia y el valor para mantenernos por la verdad. "El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén" (Apoc. 22:20, 21).

(Volver al [principio](#))

www.buenasnuevas.net

correo@buenasnuevas.net